

tarde ya para ir adonde V. quiere; ni tampoco conviene que mueva el brazo, al menos en las primeras veinticuatro horas. Ya que está en mi pobre choza, tenga la dignación de quedarse en ella. Sábanas lavadas y cena limpia no le han de faltar. Mañana por la fresca, después que descanse, le doy mi yegüecita, que la gobernará con la punta de un dedo, cojo otra hacanea, y le acompaño hasta la rectoral de Ulloa... ¡ó hasta el cabo del mundo, si se precisa!

No era Don Gabriel hombre capaz de contestar con mil y tantos cumplimientos á una improvisación semejante. Tomó la diestra del médico, la apretó, y dijo con sencillez afectuosa:

—Aquí me quedo, amigo Juncal... Y crea V. que doy por bien empleado el percance.

Sintió Juncal que se ponía colorado de placer... Para disimular la emoción, echó á correr hacia la puerta, gritando:

—¡Catalina!... ¡Catalina!... ¡Esposa! ¡Catalina!

Presentóse la lozana panadera, de mandil blanco lo mismo que en sus buenos tiempos, con el pelo alborotado y una sonrisa complaciente en su bermeja y apetecible boca.

—Prepararás la cama en el cuarto del armario grande... Don Gabriel nos hace el favor de se quedar esta noche.

La sonrisa del ama de casa fué al oírlo más alegre todavía; sus ojos chispearon, y pronunció con el acento gutural y cantarín de las muchachas de Cebre:

—De hoy en un año vuelva á quedarse, señor, y que sea con salú.

—*Tray* un pañuelo de seda, mujer... —murmuró su esposo. — Hay que hacerle un sostén para el brazo malo.

Con prontitud, y no sin gracia, se quitó *Catuxa* el que llevaba á la garganta, que era carmesí con lista negra, y ella misma lo ató al cuello del forastero, diciendo mimosamente, con suavidad del todo galiciana:

—¿Queda así á *gustiño*, señor?

Don Gabriel agradeció sonriendo. El diminutivo, el calor de la seda que había estado en contacto con la piel de la arrogante moza, le produjeron el efecto de una caricia del país natal, adonde volvía por vez primera después de una ausencia muy prolongada.

VIII

EL cuarto que dió Juncal á su huésped era en la planta baja, cerca del comedor, y tenía puertecilla de salida á una especie de patio ó corral, donde por el día escarbaba media docena de gallinas á la sombra de un emparrado. Don Gabriel, al retirarse después de una cena no menos regalada que la comida, sintió deseo de respirar el aire fresco de la noche; apagó la vela, y alzando el pestillo se encontró en el co-

rral. Sentóse en el banco de piedra entoldado por la parra, y encendiendo un papelito y recostándose en la pared, tibia aún del sol de todo el día, empezó á mirar á la obscuridad. La cual era completa, intensísima, sin que la dispase estrella alguna; una de esas noches como boca de lobo, en que le parece á uno más infinito el espacio, más alto é inaccesible el cielo y la tierra menos real, pues al perder sus apariencias sensibles, sus variadísimas formas y colores, diríase que se funde y desvanece, sin que en ella quede existente más que nuestra imaginación soñadora.

En aquellas remotas y negras profundidades nada vió al pronto Don Gabriel, pero al poco rato, fuese merced á los generosos espíritus del añejo ron de Juncal, ó á que era para Don Gabriel uno de esos momentos en que hace crisis la vida del hombre, y éste se da cuenta exacta de que entra en un camino nuevo y el porvenir va á ser muy diferente del pasado, comenzó á alzarse del oscuro telón de fondo una especie de niebla mental, una nube confusa, blanquecina primero, rojiza después, y en ella se delinearon y perfilaron, cada vez con mayor claridad, escenas de su existencia.

Primero se vió niño, en un gran caserón de un pueblo triste, pero no en brazos de su madre, pues no recordaba haberla conocido jamás, sino en los de otra niña casi tan chica como él. Aquella niña era pálida; tenía los ojos grandes y negros, y algo bizcos; solía estar malucha; pero, sana ó enferma, no se apartaba una línea

de él. Acordábase de que le llamaba *mamita*, y la hacía rabiarse y desqueras con sus travesuras. Un recuerdo sobre todo estaba fijo en su mente. Además de la niña pálida, vivían en el caserón otras niñas sonrosadas, enredadoras y alegres, que le trataban con menos blandura, y aun le cascaban las liendres con el menor pretexto. Un día—podría tener entonces Gabriel cinco años—se le había ocurrido entrar en el cuarto de la mayor de sus hermanas, Rita, la cual poseía un canario domesticado que cantaba á maravilla y á quien llamaban *el músico*. Gabriel se moría por el canario, y soñaba siempre con imitar á Rita: sacarlo de la jaula, montarlo en el dedo, darle azúcar, y que se pusiese á redoblar y trinar allí. ¡Era tan gracioso cuando meneaba la cabecita á derecha é izquierda, cuando se sacudía erizando las plumas de oro! Para lograr su deseo, aprovechaba la ocasión de un domingo por la mañana: todo el mundo estaba en misa: momento decisivo y supremo. Escurriase al cuarto de su hermana, y divisaba la jaulita de alambre azul balanceándose ante la vidriera, con su hoja de lechuga entre los hierros, y el pájaro, que saltaba de la varilla central, descendía al comedero á triturar un grano de alpiste, y vuelta á la varilla. Contempló ansiosamente el lindo avechicho. ¿Cómo llegarle? Ocurriósele una idea luminosa. Poner una silla sobre la cómoda de su hermana. Mi dicho, mi hecho. Colocarla más ó menos trabajosamente, trepar, encaramarse, echar mano al garfio que sujetaba la jaula, todo se hizo en

un verbo. Sólo que la silla, mal afianzada, no conservó el equilibrio al inclinarse Gabriel, y ¡oh, dolor! cuando ya tenía en sus manos al deseado *músico*, ¡pataplín! se fué de cabeza al suelo, jaula en mano, desde una regular altura. Recibió el golpe en la frente, y quedóse breves momentos aturdido. Al recobrar los espíritus se encontró con que tenía asida la jaula por la argolla... La jaula sí: ¿pero el músico? Gabriel miró hacia todas partes, y al pronto nada vió, ó por mejor decir, vió algo que le paralizó de terror: en una esquina, el gatazo de la casa, tendido en postura de esfinge que acecha, contemplaba inmóvil un punto de la estancia... Gabriel siguió la dirección de aquellas pupilas de esmeralda, y divisó al músico, todo anhelante aún del golpe y del susto, hecho un ovillo entre los pliegues del cortinaje que cubría la vidriera... El niño perdió completamente la sangre fría, y loco de miedo, púsose á hacer lo más conveniente para el gato: sacudir la cortina y espantar al pajarillo. El aturdido músico revoloteó un momento, dió contra los cristales de la ventana, y dolorido y exánime, vino á caer sobre la almohada de la cama de Rita... ¡Horror!... El gato en acecho pega un brinco de tigre... ¡Adiós, música!

Gabriel, como Caín después de matar á su hermano, había corrido á esconderse al cuarto más obscuro de la casa, en que se guardaban baúles y trastos, y donde no tardó en descubrirle Rita al volver de misa y encontrarse con la jaula por tierra y algunas plumas amarillas,

espeluznadas y sanguinolentas, revoloteando sobre su lecho...— ¡Pícaro, infame! te he de desollar vivo, ¡muñeco del demonio! ¡Te he de estirar las orejas hasta que sangren!— Los oídos de Gabriel apenas pudieron recoger el sonido de estas ternezas, porque al mismo tiempo diez deditos recios y furiosos le tiraban con cuanta fuerza tenían de las orejas... Y luego pasaban á los carrillos, escribiendo allí los mandamientos, y después bajaban á parte que es ocioso nombrar, y se daban gusto con la mejor mano de azotaina que recuerdan los siglos; y en pos las uñas, por no quedar desairadas, se ejercitaron en pellizcar y retorcer la carne, ya hecha una amapola, hasta acardenalarla de veras, y en seguida, sin darle al culpable tiempo ni á gritar, le asieron de las muñecas, le llevaron arrastrando al desván, le metieron allí, echaron la llave... Al punto mismo se oyó en la puerta el altercado de dos vocecillas, y en pos la brega de dos cuerpos... Giró la llave otra vez, y la *mamita* pálida, la hermana protectora, entró anhelante, desgrefñada y victoriosa, cogió en brazos á su niño, lo arrebató á su cuarto, lo curó, lo calmó, se lo comió á besos y á caricias...

¡Qué ojeriza le profesó desde aquel día Gabriel á la hermana mayor! ¡Cómo se acostumbró á envolverse en las faldas de la pequeña, hasta que fué adquiriendo su autonomía al desarrollársele el vigor masculino, con el cual, á los diez ó doce años, podía más él solo que lo que llamaba despreciativamente el gallinero de sus hermanas!

Se veía concurriendo al Instituto de segunda enseñanza, aprendiéndose por la noche de malísima gana la conferencia que había de dar al día siguiente, y merced á la fuerza y precisión con que se nos presentan ciertos recuerdos, en la negra inmensidad nocturna veía destacarse, como en el cristal de un claro espejo, al estudiantillo inclinado sobre el libro enfadoso, dando tormento con nerviosa mano á los mechones de pelo que le caían sobre la frente, ó pintando soldados con fusil al hombro y barcos y todo género de monigotes sobre el margen de las páginas, mientras torturaba la memoria para incrustar en ella, por ejemplo, los *pretéritos* y *supinos de la segunda conjugación*, *moneo*, *mones*, *monere*, *monui*, *mónitum*, *avisar*.. que los compañeros de clase se apuntaban unos á otros de esta manera: *mono*, *mona*, *monitos*, *monitas*, *micos*... Al recordar semejantes puerilidades, se sonreía Don Gabriel... ¡Cuántas veces recordaba haberse levantado y llamado á su hermana!

—Nucha, tómame la lección, que me parece que ya la sé.

Luego una impresión imborrable: la marcha de Santiago, el ingreso en el colegio de artillería de Segovia, los días terribles de la *novatada*, la sujeción al *galonista*, el llanto de furor reconcentrado que le abrasó las pupilas cuando por primera vez tuvo que limpiarle y embetunarle las botas... Y siempre el recuerdo de su hermana, para la cual, más bien que para su padre, se hizo fotografiar apenas vistió, radian-

te de orgullo y alegría, el uniforme del cuerpo, y de la cual hablaba á sus primeros amigos de colegio con tal insistencia y exageración, que alguno de ellos, sin conocerla, se puso á escribirle cartitas amorosas que leía á Gabriel... Luego, la confusión abrumadora de los primeros estudios serios, de las matemáticas sublimes, de tanta abstrusidad como tenían que meterse en la divina chola para los exámenes... Ahora que Gabriel reflexionaba acerca de tales estudios y mentalmente pasaba lista á sus compañeros de Academia, maravillábase pensando que de aquella hueste nutrida desde sus tiernos años con tanta trigonometría rectilínea, tanta álgebra y tanta geometría del espacio, no había salido ningún portentoso geómetra, ningún autor de obras profundas y serias, ni siquiera ningún estratégico consumado; y al contrario, por regla general, apenas se encontraba compañero suyo que al terminar la carrera se distinguiese por algún concepto, ó rebasase del nivel de las inteligencias medianas... Mucho caviló sobre el caso Don Gabriel, y vino á dar en que la balumba algebraica, el cálculo, las geometrías y trigonometrías se las aprendían los más de memoria y carretilla, á fuerza de machacar, para vomitarlas de corrido en los exámenes; que los alumnos salían á la pizarra como sale el prestidigitador al tablado á hacer un juego de cubiletes en que no toma parte el entendimiento; y que esta material gimnasia de la memoria, sin el desarrollo armonioso y correlativo de la razón, antes que provechosa era

funesta, matando en germen las facultades naturales y apabullando la masa encefálica, que venía á quedarse como un higo paso. Todo esto se le había ocurrido *a posteriori*. En el colegio estaba lleno su corazón de esa buena fe absoluta de los primeros años de la vida, y ni soñaba en discutir las opiniones admitidas y las fórmulas consagradas: creía cuanto creían sus compañeros, viviendo persuadido como ellos de que ciertos profesores eran pozos de ciencia, aunque no lucían tanto, por encontrarse un tantico *guillados* del abuso de las matemáticas... Con el pundonor innato que le obligaba en Santiago á repasar de noche la lección, Gabriel se aplicó á aprender todas aquellas diabluras del programa, y como su inteligencia era sensible y fresca su retentiva, adelantó, adelantó... Recordaba, no sin cierta lástima de sí mismo, que había hecho unos estudios brillantes. Le alabaron los profesores, despertósele la emulación, no perdió curso...

Sólo hubo una temporada, poco antes de salir á teniente, en que atrasó bastante, poniéndose á dos dedos de ser *perdigón*. Fué al recibir la noticia de la muerte de su mamita, su hermana Nucha... Se la escribió su padre en persona, cosa que no ocurría sino en las ocasiones solemnes, pues el hidalgo de la Lage no se preciaba mucho de pendolista. Gabriel recordaba que en el primer momento sólo había sentido un asombro muy grande al ver que semejante desgracia no le producía más efecto. Con la carta abierta en la mano, miraba en torno suyo, pasando re-

vista á todos los muebles del gran dormitorio artesonado, contando los hierros de las camas. Hasta recordaba haber acabado de abrocharse los botones de la levita de uniforme, faena interrumpida cuando llegó la carta fatal. Luego, de repente, daba dos ó tres pasos vacilantes, sepultaba el rostro en la almohada de su lecho, y empezaba á llorar á gotitas menudas, rápidas, que se le metían entre el naciente bigote y de allí se le colaban á los labios ¡con un sabor tan amargo!

¡Su pobre *mamita*! ¡Con qué vanidad le había él enviado su retrato; con qué orgullo había comprado, de sus economías, una sortija de oro para regalársela en su boda! ¡Qué admiración gozosa, unida á unos asomos de infantiles celos, había sentido al saber que su hermana tenía una chiquilla!... ¡Monada como ella! ¡Una chiquilla! ¡Y ahora... fría, callada, apagados aquellos dulces y vagos ojos, metida en un ataúd, muerta, muerta, muerta!

Bien seguro estaba de no haber querido probar bocado en dos días. ¡Cómo le mortificaban los consuelos de sus compañeros y amigos! Eran bien intencionados, eso sí; pero indiscretos, inoportunos, fuera de sazón, como suelen ser los afectos en la zonga é ingrata edad de la adolescencia. Empeñábanse en divertirle, en llevársele al café, ó á ver una compañía de zarzuela... ¡De zarzuela! Gabriel necesitaba un médico. A los ocho días se le declaraba una fiebre nerviosa, en la cual le contaron que había delirado con su *mamita*, diciendo que quería

irse junto á ella, al cielo ó al infierno, donde estuviese... Pronto convaleció, y quedó más fuerte y más hombre, como si aquella fiebre hubiera sido la solución de una crisis lenta de pubertad tardía, acaso retrasada por estudios prematuros... Salió á teniente, y recordaba el orgullo de los galones y el de un hermoso bigote castaño, ya poblado, que se propuso no afeitar nunca.

Pasó de la Academia al siglo con la entidad moral que imprimen los colegios de carreras especiales, y señaladamente el de artillería: segunda naturaleza, de la cual sólo se desprenden, andando el tiempo, los que poseen gran espontaneidad ó cierto instinto crítico, y que sobrevive aun en los que se retiran, aun en los mismos que reniegan de la carrera y manifiestan que les causa hondo hastío el uniforme... Volviendo atrás la vista, Gabriel se asombraba de ser aquel muchacho que salió del colegio tan artillero, tan imbuido de ciertas altaneras niñerías que se llaman espíritu de cuerpo, tan convencido de la inmensa superioridad del arma de artillería sobre todas las demás del ejército español y aun del mundo, y en particular tan arisco, tan dado á esa cosa particular que en el cuerpo llaman *la peña*, tendencia mixta de orgulloso retraimiento y de feroz insociabilidad, que en él llegaba al extremo de pasarse tres horas en la esquina de una calle de Segovia, atisbando el momento en que saliesen de su casa ciertas señoras á quienes su padre le ordenaba visitar, para cumplir con dejarles una tarjeta en la portería.

¡Y que apenas era él entonces reaccionario, como los demás individuos del noble cuerpo! Sentía un odio profundo hacia las ideas nuevas y la revolución, la cual justo es decir que se hallaba en su más desatentado y anárquico período. Lo que Gabriel no le perdonaba á la setembrina maldecida, era el haberle echado á perder su España, la España histórica condensada en su cabeza de estudiante asiduo y formal, una España épica y gloriosa, compuesta de grandes capitanes y monarcas invictos, cuyos bustos adornaban el Salón de los Reyes en el Alcázar. Gabriel se tenía por heredero directo de aquellos héroes acorazados, esgrimidores de tizona. Arrinconados el montante y la espada, la artillería era el arma de los tiempos modernos. ¡Qué de ilusiones y de fermentaciones locas producía en Gabriel el solo nombre de batalla! A la idea de barrer á cañonazos un reducto enemigo, le parecía no caberle el corazón en el pecho, y un frío sutil, el divino escalofrío del entusiasmo, le serpeaba por la espina dorsal. En esta disposición de ánimo le incorporaban á una batería montada y le enviaban á la guerra contra los carlistas en el Norte...

Quince días á lo sumo recordaba que duraron sus fantasías heroicas. No eran aquellas las marciales funciones que había soñado. Si en las rudas montañas de Vasconia no faltaban las fatigas propias de la vida militar, los fríos, los calores, el agua hasta el tobillo, la nieve hasta media pierna, las raciones malas y escasas, el dormir punto menos que en el suelo, la ropa hecha giro-

nes, cuanto constituye el poético aparato de la campaña, en cambio no veía Gabriel el elemento moral que vigoriza la fibra y calienta los cascos; no veía flotar la sagrada bandera de la patria contra el odiado pabellón extranjero. Aquellas aldeas en que entraba vencedor, eran españolas; aquellas gentes á quienes combatía, españoles también. Se llamaban carlistas, y él amadeista: única diferencia. Por otra parte, la guerra, aunque civil, se hacía sin saña ni furor; en los intervalos en que no se disparaban tiros, los destacamentos enemigos, divididos sólo por el ancho de una trinchera, se insultaban festivamente, llamándose *carcas* y *guiris*; también se prestaban pequeños servicios, pasándose *El Cuartel Real* y *El Imparcial* de campo á campo; y en los frecuentes ratos de tregua, bajaban, se hablaban, se pedían fuego para el cigarro, y el teniente de artillería *guiri* fraternizaba muy gustoso con los oficiales *carcas*, tan buenos mozos y tan elegantes y marciales con sus guerreras orladas de astracán, á cuyo lado izquierdo lucía el rojo corazón del *detente*, y sus boinas con borla de oro, gentilmente ladeadas. A menudo hasta le sucedía á Gabriel dudar si el deber y la patria estaban del lado allá de la trinchera. A pesar de las burlas con que sus compañeros acogían los *pepinillos* carlistas, en el campamento se contaban maravillas de la improvisada artillería de Don Carlos, organizada en un decir Jesús, por un par de oficiales que habían ingresado en sus filas y algunos cabos y sargentos listos; cosa que inducía á Gabriel á

pensar que no se necesitaban tantas matemáticas de colegio para santiguar al enemigo á cañonazos. Sí; Gabriel cumplía con su obligación; pero sin calor ni fe. Batirse, corriente, para eso vestía el uniforme; otra cosa que no se la pidieran. Un casco de metralla saltaba los sesos á su asistente, aragonés más cabal que el oro, á quien Gabriel profesaba entrañable cariño, y su muerte le causaba la impresión de haber presenciado un aleve asesinato, más bien que un episodio bélico.

Entre la obscuridad nocturna, Gabriel Pardo sonreía á la reminiscencia de un recelo que le apretó mucho por entonces. Al encontrarse tan frío en medio de las escaramuzas; al conocer que le hastiaban la guerrilla y la tienda, recordó que se había interrogado á sí mismo con un miedo atroz... de tener miedo.

—¿Si seré un cobardón? ¿Si tendré la sangre blanca?

Al ver cómo le felicitaban unánimemente los jefes y los compañeros por su *serenidad*, comprendió que lo que padecía era atrofia del entusiasmo. Y así lo cogió la disolución del cuerpo de artillería por decreto revolucionario. Casi se alegró. Ya no tenía cariño al uniforme. Y, sin embargo, todavía el *espíritu de cuerpo* le dominaba. Le cruzó por las mientes irse al campo carlista, y no lo hizo, porque los compañeros habían determinado "aguardar, estar á ver venir". Se fué á Madrid, hospedándose en casa de unos parientes encumbrados, un título primo de su madre.

¡Cuántos recuerdos se le agolpaban! La noche, oscura, parecía poblarse de estrellas y constelaciones, de centelleos misteriosos... Gabriel sentía una impresión, frecuente en las personas á quienes la viveza de la fantassía y de la sensibilidad hacen pasar, durante una existencia relativamente corta, por muchas y muy variadas fases psíquicas. Admirábase del cambio producido en él por aquellos meses de residencia en Madrid, y al mismo tiempo se sorprendía *ahora* de lo que se había realizado en él *entonces*, y no creía ser la misma persona, sino evocar la historia de otro hombre. El no fué, ni pudo ser jamás, el brillante y frívolo mancebo á quien tan especiales agasajos y tan lisonjera acogida dispensaron las damas de alto copete, que le obsequiaban por oficial del cuerpo hostil á la Revolución y por hidalgo provinciano, pero de vieja cepa, de veintitantos abriles y gallarda figura. ¡Cuán dulces bromas le habían sido disparadas entonces por risueños labios, recalcadas por el guiño semi-altanero y semi-picaresco de algunos flecheros ojos de rica hembra, á propósito de su afición á *la peña*, entonces erigida en sociedad reaccionaria, ojalatera del alfonsismo! Gabriel en el fondo se sentía muy *peñasco*, igual que antes, y abominaba de saraos y visitas de cumplido, de andar poniéndose el frac y el ramito en el ojal, de saludos en la Castellana y bailes por todo lo fino; pero el asunto es que iba, iba, iba, seguía yendo, arrastrado por una blanca mano, cuya piel suave le causaba mareos deliciosos... Era

una viuda, hermana de la mujer de su primo, en cuya casa vivía; hermosa hembra de treinta y tantos, provista de ingenio, oro y blasones... Gabriel no había tenido sino aventuras de alojamiento ó de días de salida en Segovia. Volvióse loco, y un día, con la mente y la sangre caldeadas, habló de bodas, para asegurar hasta el fin de la vida la dicha actual... Se le rieron blandamente, y como insistió, le pusieron de patitas fuera del paraíso. ¡Qué crujida, Dios! Gabriel, al pensar en ella, se admiraba de su juventud, de su sincera pasión y de sus románticos desvarios. Lo de menos era no dormir, no comer, sufrir abrasadora calentura, beber y jugar para aturdirse... ¿Pues no se le ocurrió cierta mañana mirar con ojos foscos y extraviados un par de pistolas inglesas?... ¡Aquello sí que tuvo gracia! discurría hoy el hombre de pelo ralo, acordándose de las fogosidades del teniente...

El caso es que con el desengaño amoroso se había vuelto más peñasco que nunca. Por entonces, apartado ya del gran mundo y de sus pompas y vanidades, sin que le quedase más rastro que los buenos modales adquiridos, ese baño delicadísimo que sobre la corteza brusca del tenientillo recién salido de la Academia de rrama el trato con damas y el ingreso familiar en círculos selectos — baño permanente cuando se recibe en la primera juventud — empezaron para Gabriel estudios libres que se impuso á sí propio. Convencido de que podía beber bastante alcohol sin emborracharse, y de que la em-

briaguez en él jamás era completa, dejándole siempre cierta lucidez dolorosa; de que el *fatal tapete verde* no le divertía, y de que las mujeres, no queriéndolas mucho, le eran casi indiferentes, se dió á la lectura por recurso, y en ella encontró la deseada distracción y la convalecencia de aquella herida al parecer tan profunda, y que en realidad no pasaba de la epidermis.

Con los libros sí que se había emborrachado de veras. Eran obras de filosofía alemana, unas traducidas al francés, otras en pésimo y bárbaro castellano. Pero Gabriel, más reflexivo que artista, más sediento de doctrina que de placer, no se entretenía en la forma; íbase al fondo, á la medula. Las matemáticas del colegio le tenían divinamente preparado para las pehagudas ascensiones de la metafísica y las generosas quinta esencias de la ética. Eran sus actuales estudios lo que el riego á la planta tierna cuyas raíces penetran en terreno cultivado y removido ya. La inteligencia de Gabriel se abría, comprendiendo períodos enrevesados y diabólicos, y lisonjeaba su orgullo el que los demás afirmasen no poder entender semejante monserga. Sus nuevas aficiones le pusieron en contacto con muchos jóvenes, prosélitos de la entonces flamante y boyante escuela krausista. Y resolvió que él era kantiano á puño cerrado, pero sin aplicar el método crítico del maestro, como entonces se decía, más que á las cosas de la *ciencia*; para las de la *vida* se agarró con dientes y uñas á la ética de Krause. No sólo re-

negó de las aventuras, los naipes y el absintio, sino que empezó á aquilatar con más monjiles escrúpulos la trascendencia y móvil de sus menores actos, á tener por grave delito el asistir á una corrida de toros ó á un baile de máscaras. Ponía cuidado especial en que no saliese de sus labios ni siquiera una mentira oficiosa, en no defraudar á nadie, en vivir de tal manera que sus acciones fuesen claras como el agua, honradas y serias... ¡La seriedad sobre todo!... Por las noches hacía examen de conciencia; por las mañanas elevaba, al despertarse, el pensamiento á Dios—¡al Dios impersonal y sin entrañas!—Reprimidos los impulsos y ardores juveniles por la especie de fiebre filosófica que le abrasaba dulcemente el cerebro, sentía en las iglesias, adonde asistía con frecuencia suma, impulsos místicos, ternuras inexplicables, ganas de llorar, y entonces se creía *intimo con el ser...*

¿Cuánto había durado? ¿Cuánto? Las cosas políticas se encrespan; la demagogia y el cantonalismo escupen fuego y sangre; los carlistas medran, pululan, brotan por todas partes con armamento y municiones; Castelar llama á los artilleros; Gabriel duda, recela, se alarma ante la perspectiva de verter sangre humana; por fin sus nuevas ideas liberales y una carta de su padre le deciden; va otra vez al Norte. Rodéanle sus antiguos amigos; en la maleta del teniente vienen sin duda la *Analítica*, la *Crítica del juicio*, la *Crítica de la razón pura*, la *Teoría de lo infinito*; pero á la primer mar-

cha forzada, á la primer bocanada de aire montañés, al primer encuentro, á la primer tertulia en la tienda de campaña, parécele que entre él y los maestros de su entendimiento se interpone una muralla, un velo obscuro, y que en su alma se derrumba, sin saber cómo, un edificio vasto. Y con el bienestar físico que producen el ejercicio y la actividad después de una vida contemplativa y sedentaria; y la reacción violenta, propia de los temperamentos nerviosos y los caracteres impresionables, á los pocos días el teniente no se acuerda de Kant, da al diablo los *Mandamientos de la humanidad*, y muy á gusto se deja arrastrar á las distracciones del compañerismo, á los lances de la campaña y los episodios de alojamiento. La guerra se hace ya con más empuje, en vista del desaliento y merma de las fuerzas carlistas: Gabriel bate el cobre con fe, persuadido de que el orden y la libertad están en las negras entrañas de los cañones de su batería; fraterniza con bandidos contraguerrilleros, lee con afán los periódicos políticos, vive de acción y de lucha, y todas las mañanas se levanta determinado á salvar á España... España le había dado en cambio la efectividad de capitán. Mas el golpe de Estado de Pavía y luego la proclamación de Don Alfonso, que tanto alegraron á todo el noble cuerpo, le cortaron las alas del espíritu á Gabriel Pardo, que era republicano teórico y andaba entonces vuelto tambora por un orden de cosas muy recto y sensato, al modo sajón. Al otro día de recibir el

grado de comandante, viendo la guerra próxima á su fin, desilusionado más que nunca y sin gusto para pelear, recordaba haber tomado el camino de la corte.

¡Qué vida tan sosa al principio la suya! Mal visto entré sus compañeros á causa de sus opiniones políticas; sin trato con sus antiguas relaciones; sin ánimos para volver á sepultarse en los libros de metafísica que eran hoy para él lo que la envoltura de la oruga cuando ya voló la mariposa, sintió de repente, convirtiendo los ojos hacia sí mismo, que no le quedaba en lo más íntimo sino descreimiento y cansancio. ¿Quién ó qué le había demostrado la inanidad de sus filosofías? Nadie, nada. La fe no se destruye con razones: es error imaginar que hay argucia que eche abajo un sentimiento. La fe es como el amor — bien lo advertía Gabriel.

¿Hay en el mundo del pensamiento algún asidero firme? — discurrió entonces. — Casualmente empezaban las corrientes positivistas: hablábase de realidades científicas, de doctrinas basadas en hechos de experimentalismo. El comandante se propuso estudiar á fondo alguna ciencia, como se estudian las cosas para saberlas de verdad, y adquirir la suspirada certeza. Tenía un amigo, ex-profesor de geología en la Universidad, de donde le expulsara el decreto de Orovio. Se puso bajo su dirección, y consagró seis horas diarias á trabajos de pormenor. Hacía unos cortes en las piedras y luego se desojaba mirándolos al microscopio. Se cansó antes de medio año. La certeza consabida, por

Las nubes. Encontraba relaciones lógicas y armoniosas entre lo creado, leyes impuestas á la materia por voluntad al parecer inteligente, dependencia y conexión en los fenómenos; pero el enigma seguía, el misterio no se disipaba, la substancia no parecía, la cantidad de *incognoscible* era la misma siempre. Gabriel tenía sobrada imaginación para sujetarse á la severa disciplina científica sin esperanza ni objeto, y fueron disminuyendo sus visitas al laboratorio de su amigo. ¿Y no habría otra razón?... Pues, á decir verdad...

Muy aficionado á la música, Gabriel estaba abonado á una butaca del Real—tercer turno.—Resplandecía el regio coliseo con la animación que le prestaba la buena sociedad ya completa y la restaurada monarquía; y, más que teatro, parecía elegante salón cuajado de beldades. Al lado de Gabriel sentábanse un machucho brigadier de artillería y su joven esposa, deidad murciana, de árabes ojos, que á cada acorde de la música, ó á cada nota del amoroso dúo, se posaban en los del comandante, deteniéndose un poco más de lo necesario. El brigadier, fumador empedernido, no recelaba salir en los entreactos dejando á su esposa bajo la salvaguardia del subalterno. ¡Bendito señor, pensaba Gabriel, y cómo le hizo Dios de confiado! A lo mejor el brigadier fué destinado á Filipinas, y partió llevándose á su cara mitad. Gabriel, medio loco, según su costumbre en casos tales, habló de pedir el traslado... La hermosa brigadiera se negó, afirmando que su ma-

rido ya tenía sospechas, que el viaje era celosa precaución, y que si se encontraba con el comandante llovido del cielo en Manila, habría la de Dios es Cristo. Y el enamorado la vió partir sin que nublase aquellos ojazos de terciopelo la humedad más leve... No, lo que es de esta vez, el comandante no hacía memoria de haber pensado en suicidios, pero cayó en misantropía amarga, rabiosa y prolongadísima que paró en un ataque de ictericia de los de padre y muy señor mío. Destinado á Barcelona... ¡qué temporada la que pasó en la ciudad condal! ¿Cómo es posible aburrirse tanto y quedar con vida? A enfrascarse otra vez en los libros, no de filosofía ya, sino de ciencia militar, estudiando las propiedades formidables de las materias explosivas que nuestro siglo refina y concentra á cada paso, lo mismo que si el objeto supremo de tanto adelanto, de tanto progreso, fuese una conflagración universal. A leerse cuanto encontró sobre el asunto en revistas alemanas é inglesas, encargando obras especiales, y escribiendo dos ó tres artículos en que lo resumía y exponía con bastante claridad, publicados en los periódicos y que le valieron ser citado como una gloria del cuerpo. Por señas que entonces fué cuando se le chamuscó la cara probando pólvora, y se le metieron unos cuantos granos en la mejilla. Ocurrióle la idea de gestionar que le diesen una comisión para el extranjero; lo consiguió; viajó por Francia, Alemania, Inglaterra, países que él creía cifra y compendio de la civilización posible. Al pronto,

impresión pesimista: Francia era una gran tienda de modas, Alemania un vasto cuartel Inglaterra un país de egoistas brutales y de hipócritas ñoños. Pero al regresar á España, al notar el dulce temblor que sólo las almas de cántaro pueden no sentir en el punto de hollar otra vez tierra patria, mudó de opinión sin saber por qué: echó de menos el oxigenado aire francés, y le pareció entrar en una casa venida á menos, en una comarca semisalvaje, donde era postiza y exótica y prestada la exigua cultura, los adelantos y la forma del vivir moderno, donde el tren corría más triste y lánguido, donde la gente echaba de sí tufo de grosería y miseria... Al acercarse á Madrid y atravesar los páramos que lo rodean; al subir por la cuesta de San Vicente; al ver las calles estrechas, torcidas, mal empedradas, el desanimado comercio; al oír el canturrear de los ciegos y el pregón de la lotería, pensó encontrarse en uno de esos prehistóricos poblachones de Castilla fosilizados desde el tiempo de los moros... ¡Madrid! ¡Ese era Madrid... esa era España... la España santa de sus ensueños de adolescente!

Empezó á hablar, mejor dicho, á perorar donde quiera que encontraba auditorio, proponiendo una campaña activísima, especie de coalición de todos los elementos intelectuales del país, á fin de civilizarlo é impulsarlo hacia senderos donde no quería el muy remolón sentar el pié... Un día, en el Centro militar, al caer la tarde, Gabriel sorprendió un diálogo de sofá á butaca.

—¿Y el comandante Pardo?—preguntaba el sofá.—¿Le ha visto V. desde que ha llegado de su excursión por tierras de extrangis?

—Ayer me le encontré en la Carrera...—respondía la butaca.

—¿Y qué cuenta? ¿Viene entusiasmado?

—¿Entusiasmado? Decidido á que crucen por doquier caminos y canales. Siempre dije yo que se guillaba; pero ahora, me ratifico. Sonámbulo. Chifladísimo.

—De remate—confirmó el sofá.

No hizo falta más para que el gran reformador entrase á cuentas consigo mismo.—¿Será cierto, Gabriel? ¿Serás tú un chiflado, un baulaque que se mete á arreglar lo que no entiende, que todo lo intenta y de que todo se cansa, y que se acerca ya á la madurez sin encontrar ancla donde amarrar el bajel de la vida? Soldadito de papel, ¿cuántos caballos te han matado ya? Pero, ¿es culpa tuya si esos caballos no los montas frescos, sino rendidos y exánimes? ¿Has pedido tú tantas gollerías? Verbigracia: ¿qué le pediste al amor? Sinceridad y firmeza: ¡qué diantre! tú ibas derecho al término de la pasión, que se sobrepone y debe sobreponerse á intereses mezquinos... ¿Y á la filosofía, á la ciencia? Certidumbre: una regla moral para seguirla, un Dios en quien creer, á quien elevar el alma. ¿Y al uniforme que vistes, y á la patria á quien sirves, y á las convicciones políticas que profesas? Un ideal á quien sacrificar todas las energías, todo el calor que te sobraba... ¡Vive Dios! Que á cada cosa le pe-

días tú lo justo, lo que puede y debe contener, y nada más. ¿Es culpa tuya si el amor es distracción frívola, la ciencia nombre pomposo que disfraza nuestra ignorancia trascendental y la política farsa más triste y vil que todas?

Al llegar á esta parte de sus recuerdos autobiográficos, alzó Gabriel la vista al cielo, como buscando huellas del poder augusto que rige nuestro destino terrestre. Y eso que él sabía que aquel gran espacio obscuro que le envolvía por todas partes no era más que el firmamento astronómico, con sus millares de soles, de planetas, de mundos chicos y grandes...

¿Tendrán razón los que creen que andan las almas viajando por ahí?—pensaba, al acordarse de la muerte de su padre. Por cierto que no la había sentido con la misma fuerza que la de su hermana, porque Gabriel y Don Manuel Pardo eran naturalezas que no simpatizaban: pertenecían á dos generaciones muy diversas, y en realidad no se entendían; con todo, vino el dolor natural y justo, pues siempre hace su oficio la sangre. Bastante abatido llegó Gabriel á Santiago... Y apenas hubo puesto el pié en el caserón solariego—ya suyo—de los envejecidos muebles, de los cuadros cuyo asunto tenía clavado en la memoria, de las cortinas de apagado color, de los rincones familiares, se alzó radiante, amorosa, poetizada por la muerte y la distancia, la imagen, no de su padre, sino de su hermana Marcelina, la *mamita*, la única mujer que con desinteresado amor le había

querido; y aquellas lágrimas que un día lloró el alumno, el mancebo colegial, subieron ahora más que á los párpados, al corazón de Gabriel, derramándose en benéfico rocío. Recorrió toda la casa: buscaba en ella no sé qué; tal vez un fantasma—¡el del tiempo pasado! El caserón estaba solitario, triste, sin otros moradores que una criada antigua, cuyas perezosas chancletas, así como el hálito de un cascado reloj de pared, era lo único que pugnaba con el alto silencio de los salones y corredores vacíos. Ninguna de las tres hermanas que tenía vivas Gabriel había acudido allí para acompañarle: todas estaban casadas, la menor mal, con un estudiante de medicina, hoy médico de un partido; la otra con un hidalgo rico de la montaña; la mayor con un ingeniero andaluz, con quien residía en una provincia distante. Gabriel escudriñaba todas las habitaciones, tocaba con especie de devoción y de pueril curiosidad los objetos que por allí andaban diseminados. En el que fué cuarto de su *mamita* encontró, detrás del tocador, horquillas, una caja de polvos, un alfiler grueso: lo manoseó todo: probablemente sería *de ella*. Sobre la cabecera del difunto Don Manuel campeaba un ramo de pensamientos trabajado en pelo negro, encerrado en un marco de madera oscura: abajo decía en letra cursiva y muy regarabateada: *Nucha á su querido papá*. Gabriel pegó los labios al cristal, besando religiosa y lentamente la reliquia. Después se dejó caer en una butaca que tenía los muelles rotos, vencidos del enor-

me peso de Don Manuel Pardo de la Laga, y sus meditaciones tomaron un giro inusitado.

¿Cómo no se le habría ocurrido antes? ¿Por qué, hasta que circunstancias fortuitas le arrojaron al hogar viejo, no le cruzó por las mientes idea tan sencilla..., perogrullada semejante? ¿Es posible que se pase un hombre la vida con la linterna de Diógenes en la mano, buscando sendas y probando derroteros, cuando la felicidad le está prevenida en el cumplimiento de la ley natural? La esposa, el hijo, la familia; arca santa donde se salva del diluvio toda fe; Jordán en que se regenera y purifica el alma.

Varias veces había notado Don Gabriel la irresistible tendencia de su imaginación viva, ardorosa y plástica, á construir, con la vista de un objeto, sobre la base de una palabra, un poema entero, un sistema, una teoría vasta y universal, llegando siempre á las últimas y extremas consecuencias: propensión que le explicaba fácilmente los muchos desengaños sufridos, y aquello que llamaba él *caérsele muertos los caballos*. Le sucedía también que la experiencia no le enseñaba á cautelar, y cada nueva construcción la emprendía con igual lujo y derroche de ilusiones y esperanzas. En la vieja poltrona paterna, ante la cama de dorado copete donde tal vez había venido al mundo, comenzó á edificar un palacio conyugal, sintiendo el tiempo perdido y lamentando no haber caído antes en la cuenta de que todo sujeto

valido, todo individuo sano é inteligente, con mediano caudal, buena carrera é hidalgo nombre está muy obligado á *crear una familia*, ayudando á preparar así la nueva generación que ha de sustituir á ésta tan exhausta, tan sin conciencia ni generosos propósitos.

—Yo no soy un chiflado—pensaba Don Gabriel, respirando sin percibirlo por la herida.—Yo soy víctima de mi época y del estado de mi nación, ni más ni menos. Y nuestro destino corre parejas. Los mismos desencantos hemos sufrido; iguales caminos hemos emprendido, y las mismas esperanzas quiméricas nos han agitado. ¿Fué estéril todo? ¿Hemos perdido malamente el tiempo? ¿Sentenciados á no producir ni fundar cosa alguna? Cansados, sí, porque el cansancio sigue á la lucha; pero ¿no hemos aprendido, ni progresado nada? Yo, sin ir más léjos, ¿soy el mismo que cuando salí del colegio? ¿No ha ganado algo mi educación externa desde que frecuenté el gran mundo? El suceso de mis amoríos malogrados ¿no me curó y preservó de ilícitos y torpes devaneos? Aquellos libros que no me dieron la certeza, ¿por ventura no me cultivaron y ensancharon el entendimiento, no me hicieron más recto, más tolerante y más reflexivo? Mis sueños de gloria militar, mis rachas políticas, ¿no sirven, cuando menos, para probarme á mí mismo que aspiro á algo superior, que me intereso por mi raza y por mi patria, que siento y que vivo? No, Gabriel; lo que es de eso no hay por qué arrepentirse. Y á no ser por tus años de peregrinación y

aprendizaje, ¿valdrías hoy para fundar casa, para contribuir en la medida de tus fuerzas á la regeneración de la sociedad y á la depuración de las costumbres... para formar á tus hijos... ¡si Dios!...

Cuando el nombre divino surgía, ya que no de los labios, del espíritu del comandante, iba el crepúsculo lento de una tarde del mes de Mayo difumando los objetos y haciendo más melancólica la soledad del vacío dormitorio paternal. Sintió Gabriel que el corazón se le llenaba de ternura, y no sabiendo cómo desahogarla, llamó cariñosamente á la decrépita servidora, y en tono festivo, en voz casi humilde, pidióle que trajese luz.

Así que la bujía quedó colocada sobre la cómoda de su padre, fijáronse los ojos de Gabriel en el antiguo mueble, muy distinto de los que hoy se construyen. La cubierta hacía declive, y recordaba Gabriel que al abrirse formaba escritorio, descubriendo una especie de templete con columnas, y múltiples cajoncitos adornados de raros herrajes, que ocultaban *secretos*. ¡Secretos! De niño, esta palabra le infundía curiosidad rabiosa y una especie de terror... ¡Secretos! Sonriéndose, sacó del bolsillo un llavero, probó varias llavecicas... Una servía... Cayó la cubierta, y los dedos impacientes de Gabriel empezaron á escudriñar los famosos *secretos* de la cómoda, cual si en ellos se encerrase algún escondido tesoro... Los buenos de los secretos no tenían mucho de tales, y cualquier ratero, por torpe que fuese, lograría, como Ga-

briel, hacer girar sobre su base las dos columnas del templete y poner patente el hueco que existía detrás. Calle... pues había algo allí. Rollos de dinero... Los deshizo: eran moneditas de premio, Carlos terceros y cuartos, guardados, sin duda, por su padre para evitarles la ignominia de la refundición... Y allá, en el fondo, muy en el fondo, un papel amarillento ya por los dobleces, atado con una sedita negra... Maquinalmente lo cogió, lo abrió, rompió la sedita. Cayó una sortija de oro con perlas menudas, y vió Gabriel, cuyo corazón literalmente brincaba contra la carne del pecho, que el papel era una carta, escrita con tinta ya descolorida y letra no muy suelta. Sus ojos, vidriados por un velo de humedad, leyeron casi de una ojeada:—“Querido papá, felicito á V. los días; sabe Dios quién vivirá el año que viene; hágame el favor, si me empeoro, de darle á mi hermano Gabriel la sortijita adjunta, y que mucho me acuerdo de él y le quiero; que si yo llego á faltar, ahí queda mi niña. V. y él no dejarán de mirar por ella: moriré tranquila confiando en eso...” —Una lágrima, una verdadera lágrima, redonda y rápida en su curso, se precipitó sobre la firma—“Su amante hija, Marcelina Pardo.”

El comandante apoyó el papel contra los ojos al esconder la cara en las manos, y se reclinó en la cómoda, vencido por uno de esos terremotos del corazón que modifican las actitudes y las elevan á la altura trágica sin que lo advirtamos nosotros mismos... Pasados quince minu-